

## Jasón, el ambicioso

*Los dioses lo amaban: joven, inteligente, atractivo, prudente... Surgió de la nada para convertirse en el gran jefe que lideraría el grupo de héroes más numeroso que nunca se había conocido, los llamados argonautas, en la búsqueda del vellocino de oro.*

*Los dioses, sin que él lo supiera, le concedieron un instrumento infalible para conseguir todo aquello que ambicionaba: la apasionada Medea. Ella, sin ningún escrúpulo, utilizó sus hechizos para hacer realidad cada uno de los deseos de Jasón y él aceptó toda su maldad, perversión y crueldad como un trámite más para conseguir la gloria. Pero, en la misma medida que Medea sentía una pasión inagotable por él, Jasón sufría una ambición más inagotable todavía y un día creyó que podía dejar atrás a Medea.*

### EL REY USURPADOR

Pelias se sentía inquieto por su futuro. No le faltaban razones. Las cenizas del rey muerto todavía no reposaban en su tumba y él ya había usurpado el trono de la ciudad de Yolco al heredero legítimo, su

propio hermanastro Esón. Para calmar sus ánimos, decidió consultar el oráculo\*, y este hizo la siguiente profecía\*:

—Desconfía del hombre que calce una sola sandalia.

El rey Pelias nunca supo que su sentencia estaba escrita y que su muerte ya había sido programada desde las más altas esferas. No porque hubiese robado miserablemente una corona, sino porque tenía una cuenta pendiente con la vengativa diosa Hera.

Con una sonrisa perversa, Hera observaba cómo Pelias, ajeno al terrible final que le esperaba, bajaba por la escalera del templo y estrenaba la costumbre de mirar el calzado de todos los que se acercaban a él.

#### JASÓN ESCAPA DE LA MUERTE

Los designios fatales de Hera se habían puesto en marcha en el propio entorno del rey Pelias. En aquel mismo instante, su hermanastro Esón, el heredero legítimo del reino, intentaba calmar a su mujer, que acababa de romper aguas y se retorció

de dolor a causa de las contracciones del parto inminente. Ella le dijo con firmeza:

—¡Esón! Rápido, manda llamar a mis parientes más cercanos. Nuestro hijo está a punto de nacer.

La familia llegó en seguida, y siguiendo las instrucciones de la astuta partera, sus miembros comenzaron a gemir a pleno pulmón. Sus gritos tenían un único objetivo: apagar el primer llanto del recién nacido. Así harían creer al rey Pelias que el niño había nacido muerto y le escamotearían el placer de matarlo él mismo.

Cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe, los lamentos de los familiares subieron de intensidad. Una mujer salió rápidamente con un bulto en los brazos. Pelias, que esperaba afuera, se inclinó respetuosamente ante lo que imaginaba era un pequeño cuerpo sin vida y sonrió tranquilo: Esón continuaba sin descendencia.

El niño tan hábilmente sustraído a la muerte fue llevado al centauro Quirón para que lo cuidara y lo educase hasta que fuera adulto. Aunque sus padres le habían dado el nombre de Diomedes, el

centauro lo rebautizó como Jasón, que significa «el que cura», y se aseguró de que en su instrucción no faltaran los conocimientos de medicina.

#### EL HOMBRE QUE CALZA UNA SOLA SANDALIA

Cuando cumplió veinte años, Jasón se despidió del centauro con un fuerte abrazo y se puso en camino hacia Yolco, decidido a reclamar sus derechos legítimos.

Muy cerca de la ciudad, una anciana a quien nadie hacía caso lo llamó lastimosamente:

—¡Joven! ¡Joven! ¡Ayúdame! Mi edad ya no me permite atravesar sola el río. Y la gente que pasa a mi vera no hace caso de mis súplicas.

¿Cómo podía Jasón negarse a las súplicas de la frágil anciana? La subió sobre su espalda y comenzó a atravesar el río. Pero cuanto más avanzaba, le parecía que la mujer pesaba más, y por si fuera poco, como ella no paraba de moverse, hacía que tropezara a cada paso. El lecho del río era tan fangoso que Jasón acabó por perder una sandalia.

Cuando llegó al otro lado, la anciana le agradeció calurosamente el servicio prestado y se alejó

con pasos lentos y dificultosos siguiendo la orilla del río. Y en cuanto lo perdió de vista, no pudo reprimir más las carcajadas. ¡Era la propia diosa Hera, que se había disfrazado de anciana para conseguir que Jasón perdiese la sandalia!

#### PELIAS RECONOCE A JASÓN

Jasón era un chico alto, de pelo largo y cuerpo musculoso. Pero no llamaba la atención por su belleza, que era mucha, sino por su extraña indumentaria. Además de vestir una sola sandalia, hecho ya de por sí curioso, el héroe se había agenciado una túnica de cuero ajustada que resaltaba su cuerpo poderoso y se protegía con una espléndida piel de leopardo.

Con paso seguro entró en la ciudad de Yolco y se dirigió directamente hacia la plaza mayor, donde —¡oh, casualidad!— el rey Pelias presidía una celebración religiosa en compañía de los reyes de las regiones vecinas.

La mirada del rey pasó rutinariamente por el calzado de aquel joven extraño. Y, de repente, la sorpresa lo enmudeció. ¡Solo llevaba una sandalia!

Se había preparado para aquel momento una y mil veces. Sin embargo, al ver que se materializaba, se sintió inseguro. Dejando el ritual en suspenso, se dirigió hacia el forastero bruscamente:

—¡Di ahora mismo quién eres y cómo se llama tu padre!

Los otros reyes murmuraban sorprendidos ante la interrupción. El joven no se inmutó:

—Mi padre adoptivo, el centauro Quirón, me llamaba Jasón. Sin embargo, fui bautizado con el nombre de Diomedes, hijo de Esón.

Pelias se quedó lívido. Se levantó un murmullo general de alarma. Entonces, el rey preguntó a Jasón:

—Dime, forastero, ¿qué harías si un oráculo te anunciara que uno de tus conciudadanos está destinado a destronarte?

Jasón lo miró desconcertado, pero la diosa Hera, que velaba por que todo fuera como ella esperaba, llevó a sus labios las siguientes palabras:

—Lo enviaría a Cólquide a buscar el vellocino de oro\*.

—Entonces, forastero, entérate de que estás hablando con el rey Pelias, que ostenta la corona y el trono de Yolco.

Jasón continuó impertérrito:

—Pues precisamente a ti te buscaba para reclamar el trono que usurpaste a su heredero legítimo, mi padre Esón.

Si este acontecimiento hubiera sucedido en otro contexto espacial y temporal, Pelias se hubiera librado de Jasón sin más preámbulos. Pero, por desgracia para él, tenía como testigos a los principales reyes del lugar. Y también por desgracia para él, los reyes presentes estaban de acuerdo en que debían ser respetados los derechos de nacimiento de Jasón.

Sin escapatoria posible, Pelias dijo:

—Serás rey, entonces, cuando me traigas el vellocino de oro.

A simple vista, Jasón había caído en su propia trampa y ahora se vería obligado a viajar en busca del vellocino de oro. Sin embargo, todo formaba parte de los fríos planes de Hera. La cruel diosa había planificado este viaje para que Jasón fuera a buscar el arma

infalible que acabaría con la vida de Pelias de la manera más horrenda que se pueda imaginar.

#### LA HISTORIA DEL VELLOCINO DE ORO

Jasón estaba tranquilamente sentado a la mesa de uno de los reyes que habían sido testigos de lo sucedido y que, además, era tío suyo.

—No sé cómo se me ha ocurrido decirle algo así a Pelias. ¡Si ni siquiera había oído hablar del vellocino de oro!

El rey sonrió y afirmó:

—A veces son los dioses\* quienes nos ponen palabras en la boca sin que nos demos cuenta. Quién sabe qué designios divinos te llevarán hacia Cólquide.

—¿Tú conoces la historia del vellocino de oro?

—Hace muchos años, el rey Atamante repudió a su mujer para casarse con Ino. A pesar de ser la esposa legítima, Ino continuaba sintiendo unos celos extremos hacia los hijos que Atamante había engendrado con su ex mujer. Eran un niño y una niña, Friso y Hele. Para deshacerse de ellos, Ino consiguió que todos creyeran que el oráculo de Delfos exigía

que fueran sacrificados por el bien del país. Así que Atamante, que no destacaba por su inteligencia, llevó a los niños a la montaña para matarlos, pero cuando estaba a punto de consumir el ritual apareció volando un carnero dorado que dijo a Frixo: «¡Sube a mi grupa y te ayudaré a escapar!».

»Frixo saltó sobre él y el carnero hubiera emprendido el vuelo si la pequeña Hele no hubiese gritado desesperada: “¡Frixo, no dejes que muera a manos de nuestro padre!”.

»De poco le sirvió a Hele escapar porque, cuando volaban sobre el mar, resbaló del lomo del carnero y murió ahogada. En su recuerdo, aquel mar se llama hoy Helesponto. Frixo consiguió llegar sano y salvo a Cólquide, donde el rey Eetes lo recibió con todos los honores y lo casó con su hija.

Jasón escuchaba a su tío con gran atención.

—¿Y qué ocurrió con el carnero?

—Frixo lo sacrificó a Zeus\* y ofreció el vello-cino de oro al rey Eetes, que lo clavó en una encina sagrada.

—No entiendo, entonces, cuál es su importancia.

—Dicen que, a pesar de que Frixo pasó toda su vida en Cólquide, su deseo era regresar a Yolco. Parece ser que su alma no tendrá reposo hasta que no sea escoltada, junto con el vellocino de oro, de vuelta al lugar que lo vio nacer. Ya ves, Jasón, qué difícil es distinguir entre los designios de los dioses y los de los hombres.

—Sí, tío, mañana mismo enviaré mensajeros a todas las regiones de Grecia en busca de voluntarios que me acompañen en esta gran empresa.

Su tío lo miró con admiración y dijo:

—Que así sea.

#### EL ARGO Y LOS ARGONAUTAS

La llamada de Jasón sacudió el mundo de los héroes\* griegos. Todos querían participar en aquella expedición.

El héroe Argo construyó la nave que los llevaría y le puso su propio nombre, *Argo*, que también significa «rápida». La nave, que contaba con cincuenta remos para dar cabida a la masificación de héroes que querían embarcarse, había sido construida con madera del monte Pelión. Su proa, sin embargo,

provenía de un fragmento de la encina profética del bosque sagrado de Zeus. La propia diosa Atenea\*, que miraba con buenos ojos a Jasón, la había cortado. Por eso la nave podía hablar igual que un ser vivo.

Se han confeccionado muchas listas de la tripulación, la mayor parte irreconciliables entre ellas. A todo aquel grupo de héroes se les conoció como los «argonautas»\*, en honor del navío que tripulaban. Parece ser que nunca en la historia de la mitología se había producido ni se produciría una concentración tan grande de héroes por metro cuadrado.

La nave *Argo* fue botada en el mismo lugar donde había sido construida, Págasas, en medio de una gran expectación. Una multitud se había reunido para despedirla. Y cuando estaban a punto de soltar las amarras, llegó el héroe de los héroes, Heracles, entusiasmado por la empresa.

La nave *Argo* protestó porque se sentía incapaz de soportar el peso de Heracles, pero no le sirvió de nada. Heracles estaba decidido a ser un argonauta y saltó a su interior. Por suerte, la nave no se hundió.

### LAS APASIONADAS MUJERES DE LEMNOS

Cuando todavía no había despuntado el alba, la nave *Argos* abandonó el puerto de Págasas con Lemnos como primera escala en el camino. Al llegar a la isla, una mensajera de la reina los invitó a palacio. Entraron en la ciudad y les sorprendió no ver hombres por ninguna parte. Solo había mujeres y más mujeres, que les sonreían y les enviaban besos a distancia. Algo comenzó a alterarse peligrosamente dentro de los corazones valerosos de aquellos hombres que iban en busca de gloria y aventuras.

Jasón se presentó ante la reina y quedó admirado por su extraordinaria belleza. Una vez hechas las presentaciones, Jasón formuló, con toda la cortesía del mundo, la pregunta que perturbaba su calma:

—Señora mía, desde que he puesto el pie en tu ciudad, un interrogante planea en mi mente y, sin ánimo de ofender, querría pedirte la respuesta.

Ella se ruborizó delicadamente y dijo:

—Ya sé qué te ha causado curiosidad. El hecho de que no haya hombres en nuestra isla. —Con un gesto de tristeza continuó—: Nuestros hombres nos maltrataban. Y las mujeres aguantábamos y

aguantábamos, pero al final nos rebelamos y los expulsamos. Quién sabe dónde están y a qué mujeres torturan con su crueldad.

Eso era pura ficción. En realidad, como las mujeres de Lemnos no prestaban la atención que la diosa Afrodita\* consideraba aceptable, esta se había vengado de ellas obsequiándolas con un hedor insoportable. Los hombres del lugar buscaron la solución fácil y las abandonaron para dormir con las esclavas. Y entonces, las esposas legítimas tomaron las armas y procedieron a eliminarlos uno por uno. No hay constancia de cómo ni cuándo desapareció el hedor que les había enviado Afrodita, pero de lo que no cabía duda era de que el día en que llegaron los argonautas todas olían a rosas.

Mientras hablaba, la reina se había levantado del trono y había dado a Jasón el tiempo necesario para que admirara las bellas formas de su cuerpo.

—Ahora nos faltan hombres y necesitamos un rey. El peso de la corona es excesivo para una sola persona.

La joven inició una maniobra de acercamiento que la situó a pocos centímetros de Jasón.

—Tal vez tú, que eres un gran héroe...

Con su mano acarició la mejilla de Jasón. Él intentó detenerla sin mucha decisión.

—Aceptaría de buen grado tu súplica, reina. Sin embargo, antes he de cumplir la misión de recuperar...

Prácticamente no acabó la frase porque, inexplicablemente, sus labios se vieron interrumpidos por otros labios. Y no supo ofrecer más resistencia ante ese ataque.

Lo mismo sucedió al resto de hombres. La sala de palacio se había ido llenando de mujeres hermosas que los rodeaban y los seducían. Cada héroe tenía, como mínimo, tres chicas acariciándole, riendo absurdamente y llevándoselo hacia su terreno.

Y ahí hubiese acabado la historia del vellocino de oro, con todos los argonautas embarcados en la gratificante tarea de dar a la estirpe de Lemnos una nueva raza fuerte y valiente, de no ser porque Heracles, que se había quedado vigilando la nave *Argo*, se cansó de la espera y se dirigió a la ciudad. Comenzó a dar golpes en la enorme puerta con su maza mientras gritaba:

—¡Argonautas! ¡Responded de una vez! ¡La nave *Argo* os llama impaciente para regresar al mar!

Contra sus deseos, los argonautas volvieron a la nave y se pusieron de nuevo en camino.

#### EL DUELO ENTRE JASÓN Y HERACLES

Cuando ya llevaban muchos días navegando y se acercaban a Misia, Heracles tuvo una «gran idea»:

—¡A ver quién aguanta más tiempo remando!

Se sucedieron horas y horas de esfuerzo, aliviadas apenas por las canciones del héroe Orfeo, que tocaba la lira con insuperable maestría. Pero aquella ocupación era tan dura que, uno a uno, los remeros iban desistiendo. Cuando ya estaban a punto de llegar a Misia quedaban solamente Heracles y Jasón. Todos los tripulantes del navío observaban en silencio el esfuerzo extraordinario de aquellos dos hombres fortísimos. De repente, Jasón no resistió más y cayó desmayado. El triunfo se lo llevó Heracles, cuya fuerza era tan ostentosa que incluso partió su remo.

Una vez en tierra, mientras se realizaban los preparativos de la cena, Heracles fue a buscar un árbol que le sirviera para hacerse otro remo nuevo. Arrancó de raíz un abeto y, al arrastrarlo de vuelta, oyó que alguien lo llamaba desde la orilla del lago:

—¡Heracles! Hace un momento tu escudero pedía auxilio, pero cuando he llegado al estanque no he visto señales de lucha con animales ni con enemigos, solo su cántaro de agua abandonado.

Heracles, que sentía devoción por aquel muchacho, dejó el árbol inmediatamente y comenzó a buscarlo. Y así pasó toda la noche el héroe, sin saber que nunca lo encontraría porque las ninfas del lago lo habían raptado para que viviera eternamente con ellas.

Cuando llegó el amanecer, los argonautas levantaron el campamento y, prontos a embarcar, comenzaron a llamarlo. El eco de sus gritos resonaba por todas las montañas. Pero ni el héroe ni su escudero dieron señales de vida.

Jasón, cansado de esperar, ordenó que el barco zarpara. Esta controvertida decisión molestó a muchos argonautas.

—Jasón, no eres justo. ¡Esta es tu manera de vengarte de Heracles porque te ganó en la competición de remo!

Sin embargo, Jasón hizo oídos sordos y la nave zarpó abandonando a Heracles en Misia.

#### LOS CONSEJOS DEL REY FINEO

La nave *Argo* continuó hasta Salmidesos, donde vivía el rey Fineo. Los argonautas esperaban que él fuera capaz de guiarlos hasta Cólquide, pero el rey no mostró demasiado interés por el tema, hecho comprensible si tenemos en cuenta que estaba a punto de perecer por inanición. Parece ser que había molestado al Olimpo\* con sus actividades adivinatorias y los dioses lo habían castigado dejándolo ciego. Y por si eso fuera poco, también le enviaron tres demonios alados que, en el momento en que colocaba la comida sobre la mesa, tomaban los mejores bocados y ensuciaban el resto con sus deyecciones.

El rey adivino puso como condición para aconsejarlos que lo liberasen de aquellos monstruos. Así que los héroes esperaron a que la mesa

estuviera puesta para el banquete y, cuando aparecieron los diablos, los dos hijos del dios del viento, que tenían alas, desenvainaron las espadas y comenzaron a perseguirlos hasta que, agotados, los perversos seres accedieron a dejar tranquilo a Fineo.

Muy reconfortado, Fineo explicó a los argonautas lo que les estaba permitido conocer. Y antes de que la nave zarpara, dio un claro consejo a Jasón:

—Cuando hayas llegado a Cólquide, confía en Afrodita.

#### LAS ROCAS AZULES

Uno de los mayores peligros que había mencionado Fineo eran las Rocas Azules, unas rocas aterradoras, perpetuamente rodeadas de una espesa niebla marina, que guardaban la entrada del Bósforo. Cuando un navío intentaba pasar entre ellas, se unían y lo aplastaban. Fineo les había dicho: «Si soltáis una paloma y esta atraviesa las rocas con éxito, haced cruzar el barco a toda velocidad entre ellas porque vosotros correréis la misma suerte que

el pájaro. Pero si la paloma muere aplastada, desistid de vuestra empresa porque los dioses se oponen a ella».

Por eso, cuando avistaron las Rocas Azules, dejaron libre la paloma. Los argonautas apretaban con fuerza los remos en las manos. El silencio era absoluto; la tensión, máxima. La paloma se elevó y dirigió su vuelo hacia las rocas amenazadoras. El bajel la seguía a distancia. El animal consiguió atravesar todo el estrecho y solo en el último instante las rocas se cerraron con estrépito y atraparon algunas plumas de su cola.

Cuando se abrieron de nuevo, Jasón gritó:

—¡Adelante!

Y todos se pusieron a remar con furia porque la vida les iba en el intento. El héroe Orfeo, con su lira, marcaba la acelerada cadencia de los remos. Cuando la nave, que parecía tener alas de tanta fuerza con que la impulsaban, llegaba al final del recorrido, las rocas se cerraron de improviso, pero solo se apoderaron del ornamento de la popa. Entonces se volvieron a abrir y nunca más se movieron. Se había cumplido una profecía que

afirmaba que, si alguna vez un barco conseguía atravesarlas, quedarían abiertas para siempre.

### EL FAVOR DE AFRODITA

Arriba, en el Olimpo, las diosas Hera y Atenea discutían acaloradamente sobre cómo ayudarían a su amado Jasón a conseguir el vellocino de oro. Al final decidieron utilizar a Medea, la propia hija de Eetes, el rey de Cólquide, y de inmediato suplicaron a Afrodita que se encargara de que Medea se enamorara de Jasón.

¡Poco pensaba la joven Medea que aquella sería la última vez que bajaría por la escalera de palacio alegre y sin preocupaciones para ir a recibir a unos recién llegados! Pues, en cuanto entró en la enorme sala del trono, una flecha de amor se clavó profundamente en su pecho. Y, al ver a aquel extranjero alto y musculoso, de melena larga y rostro viril, una pasión desbordante la embargó.

Jasón, que era el forastero, la observó amable y le dirigió una sonrisa. Medea sintió que el recorrido de su mirada iba quemando su piel. Tal era la pasión que había comenzado a consumirla.

Mientras, el rey Eetes escuchaba con atención las peticiones de los tripulantes de la nave *Argo*. Aunque ni por un momento se le pasó por la cabeza darles el vellocino de oro, respondió cortésmente:

—De acuerdo, Jasón. No me niego a cederte el vellocino. Unce los toros de Hefesto\*, labra la tierra con ellos, siembra los dientes del dragón y el vellocino será tuyo.

Medea retrocedió aterrorizada. ¿Cómo podía su padre enviar a un hombre «como aquel» a una misión «como aquella», una misión imposible que lo conduciría directo a la muerte? Toda ella comenzó a temblar y a duras penas fue capaz de llegar a su habitación.

Su corazón se debatía violentamente entre dos frentes: por un lado, el amor de la hija hacia el padre y el amor de la ciudadana hacia su ciudad; por otro, la intensa, furiosa, desbordante pasión que había nacido en su pecho por aquel forastero. Su mente, hábilmente enturbiada por Afrodita, no la decepcionó: eligió a Jasón.

Medea, pues, se dispuso a ayudar al héroe. Recursos no le faltaban. Era una hechicera aventa-

jada. Sin embargo, como se había vuelto loca de pasión pero no había perdido el seso, exigió a Jasón que cuando obtuviera el vellocino de oro se casase con ella y que, ante los dioses, jurase fidelidad eterna. Y Jasón, que todavía no daba crédito a su buena suerte, aceptó e hizo un juramento que más adelante arruinaría su vida.

### LAS TRES PRUEBAS

Poco después, Jasón se enfrentó a los toros que el dios Hefesto había construido para el rey Eetes. Eran dos artefactos terribles, con pezuñas de bronce, que expulsaban fuego por los orificios de la nariz. Incluso su respiración iba incendiando la hierba a su paso.

Para que fuese invulnerable al fuego de los monstruos, Medea lo había ungido con una loción creada por ella misma. Así que, una vez descartado el peligro del fuego, uncir los toros en el yugo que nunca habían probado no fue más que cuestión de fuerza, que Jasón superó sin problemas. El rey Eetes tiró al suelo la copa en que bebía cuando el joven héroe salió victorioso de aquella primera

prueba. Los argonautas, enfervorizados, estallaron en aplausos.

Jasón obligó a los toros furiosos a labrar la tierra durante todo el día y, cuando ya caía la noche, sembró los dientes del dragón.

Aquellos dientes, que la diosa Atenea había entregado a Eetes, pertenecían al antepasado del rey que había matado al dragón. Después de matarlo, sembró los dientes del animal y de estos surgieron unos hombres prodigiosos, completamente armados y dispuestos a luchar. Desconcertado, al verdugo del dragón solo se le ocurrió tirarles piedras y, como los hombres no sabían quién los atacaba, acabaron peleándose entre ellos y casi exterminándose.

Cuando Jasón acabó de sembrar los dientes y se quedó de pie, esperando, todos contuvieron la respiración. La propia Medea sentía que el corazón se le desbordaba. Tenía escalofríos y un miedo intenso de que sus consejos no fueran suficientes para dar la victoria a Jasón.

De repente, la tierra comenzó a abrirse y donde el héroe había enterrado los dientes surgieron unas formas extrañas que iban metamorfoseán-

dose hasta adquirir la proporción de hombres gigantes. Nacían armados y buscaban un enemigo para batirse.

Medea palideció al ver a Jasón solo ante aquellos combatientes tan extraordinarios. Le fallaron las fuerzas y se desplomó en una silla mientras sentía que la sangre abandonaba sus venas. Sin embargo, Jasón siguió los consejos de la joven hechicera y les tiró piedras para que iniciasen una disputa entre ellos, tal como había sucedido tantos años antes. Jasón ni siquiera precisó desenvainar la espada. Los hombres sembrados, que era como se les conocía, acabaron en poco tiempo los unos con los otros.

Cuando el sangriento espectáculo llegó a su fin, los argonautas estallaron de nuevo en aplausos y gritos de alegría. El rey Eetes no compartía esta emoción, y con el odio dibujado en su rostro, advirtió a Jasón que se olvidase del vellocino y huyese antes de que le quemara la nave *Argo*.

Sin embargo, el rey Eetes también perdió esa batalla, y fue a causa de la adoración que sentía por su hija Medea. Ya era demasiado tarde cuando se dio cuenta de que ella lo había traicionado.

### JASÓN OBTIENE EL VELLOCINO DE ORO

Medea condujo a Jasón y a los argonautas hasta el bosque sagrado donde un dragón enorme que no dormía nunca guardaba el vellocino de oro. Era un monstruo de mil anillos, más grande que la misma nave *Argo*. Poseía tres lenguas gigantescas y unos dientes enormes.

Jasón lo roció con el jugo de una hierba del río del Olvido que corre en el Infierno\* y, siguiendo los consejos de la hechicera, pronunció tres veces un hechizo que provocaba una inconsciencia plácida, capaz de aplacar un mar agitado o un río impetuoso. Entonces, el sueño ganó a aquellos ojos que nunca lo habían conocido antes.

Jasón descolgó con cautela el vellocino de la encina y todos corrieron hacia la playa donde estaba atracado el *Argo*.

### LA SANGRIENTA HUIDA

Cuando el héroe subía triunfante al navío, cargando con el vellocino de oro, se dio cuenta de que Medea no estaba sola: llevaba de la mano a su pequeño hermanastro. Jasón, desconcertado, le dijo:

—¿Quién es ese?

Medea sonrió a la luz de la luna y, con una voz misteriosa, dijo:

—Es nuestro salvoconducto.

El héroe se limitó a encogerse de hombros y dar las órdenes para que el *Argo* zarpase.

Los barcos del rey Eetes también se habían puesto en marcha y parecían prontos a alcanzarlos. Entonces, Medea, que debía de pensar que en el amor y en la guerra todo vale, tomó al niño que iba con ella, lo mató y lo tiró al mar sabiendo que su padre, el rey Eetes, detendría la persecución para recuperar su cadáver y enterrarlo.

El perverso ardid molestó mucho a Zeus, que envió una furiosa tempestad contra la nave y la apartó de su camino. Al final, la proa de la nave *Argo*, la que había sido tallada en madera profética y podía hablar, comunicó a los argonautas que solo Circe, la tía de Medea, que también era hechicera, podría purificarlos después del crimen cometido. Así pues, el *Argo* se desvió de su camino para dirigirse a la isla donde vivía Circe. Y la hechicera cumplió con el ritual de purificación\* sin permitir

que los argonautas pusieran el pie en tierra. ¡Tanta prisa tenía por verlos lejos!

### EL CANTO DE LAS SIRENAS

La nave continuó su camino y se acercó al mar de las Sirenas\*. Los argonautas no tardaron en oír su canto lejano.

Las Sirenas, que eran mitad mujer, mitad pájaro, llegaban volando mientras entonaban perversas canciones. Su música, fatalmente seductora, hacía que los hombres no pensarán en otra cosa que en seguirlas. Una vez que se habían apoderado de las mentes de los marineros, las Sirenas conducían los bajeles hacia la costa abrupta y dejaban que se estrellaran contra las rocas. Después atrapaban a aquellos incautos humanos y los devoraban.

Los argonautas ya comenzaban a oír la música cautivadora cuando, de pronto, unos acordes mil veces más placenteros para el corazón y para el oído distrajeron su atención. Eran la lira y la voz extraordinarias de Orfeo.

Orfeo luchó contra las Sirenas con sus propias armas y ganó la batalla. De no haber sido el protagonista, años después, de una grande, única y maravillosa historia de amor, esta gesta habría bastado para inmortalizarlo.

#### LA DECISIÓN DEL REY ALCÍNOO

Aunque el rey Eetes había desistido de la persecución, envió algunos navíos con la orden de que no regresaran sin su hija Medea y el vellocino de oro. Los perseguidores dedujeron que Medea acudiría a su tía Circe para que la purificara y, siguiendo ese presentimiento, acabaron encontrando poco después el *Argo* en la tierra de Corcira.

El capitán de Cólquide se dirigió inmediatamente al palacio del rey Alcínoo y la reina Arete y reclamó que le entregaran a Medea y el vellocino. Alcínoo pidió una noche para tomar una decisión. El capitán asintió con la cabeza, saludó respetuosamente y regresó a su nave.

Horas antes, la astuta Medea se había entrevistado con la reina Arete. Se había presentado a ella improvisando una faceta frágil y desvalida. Cayó de

rodillas y apoyó su bellísima cabeza sobre la falda de la reina mientras dejaba que sus ojos se llenaran de falsas lágrimas. Le explicó una versión de sus aventuras que cumplía la afirmación de que «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia». La reina Arete lloró conmovida mientras acariciaba sus mechones sedosos y brillantes, y sintió la necesidad imperiosa de ayudarla. Medea no esperaba menos de ella.

#### LA ESTRATEGIA DE LA REINA ARETE

Cuando el capitán de Cólquide abandonó el palacio, la reina Arete comenzó a lanzar su ariete personal contra su marido, el rey Alcínoo.

—Querido, no sabes qué noticias tan terribles llegan de todas partes sobre los castigos desmesurados de algunos padres a sus hijas rebeldes.

A la hora de la cena, ya le había citado por lo menos treinta casos de hijas desgraciadas.

—¡Oh, Alcínoo! Me olvidaba de la pobre Dánae, encerrada por su padre en una torre y abandonada después con su hijo a una muerte segura en la inmensidad del mar.

Alcínoo no probó la cena. No fue porque se sintiera conmovido por las historias de Arete, sino porque estaba profundamente aburrido. Arete le concedió una pequeña tregua. Pero cuando el rey ya estaba en la cama y cerraba los ojos agradecido por el sueño que se anunciaba cercano... Arete volvió a la carga.

—¡Oh, Alcínoo! No sé si te he hablado de la pobre princesa Métope. Su padre la tiene encerrada en un calabozo. Cuando consiguió capturarla, la cegó con clavos de bronce y ahora la obliga a moler granos de cebada de hierro con un pesado molino. ¿Y sabes qué dice el malvado cuando la visita?

—¿No podrías contármelo mañana por la mañana?

Arete continuó como si no hubiese oído la protesta de su marido:

—Aquel hombre cruel y perverso le dice: «Cuando conviertas esos granos en harina, te devolveré a la vida».

Calló un momento, emitiendo unos cuantos suspiros entrecortados y, cuando estuvo segura de

que su marido se había dormido, se sentó de repente en la cama, sacudiéndolo con tal furia que casi lo hizo caer al suelo.

—¡Oh, Alcínoo! ¡No puedes imaginar qué imagen tan terrible ha venido a mi mente al cerrar los ojos! Creo que no podré descansar en toda la noche si no tengo tu favor.

—Querida Arete, tienes todo mi favor, y también tienes mi súplica de que me dejes dormir en paz o ambos pasaremos la peor noche de nuestras vidas.

—Si me dijese cuál es tu decisión respecto de la pobre Medea, podría cerrar los ojos sin sobresaltos.

Alcínoo, resignado, dijo:

—Si Medea todavía es virgen, volverá con su padre; si ya no lo es, se quedará con Jasón.

Arete esperó a oír otra vez los ronquidos maritales antes de advertir a Jasón de la decisión de Alcínoo. Jasón no perdió el tiempo. Aquella misma noche desposó a Medea.

### EL TRISTE REGRESO A YOLCO

Las aventuras y desventuras continuaron para los argonautas valientes, que un buen día comenzaron a echar de menos el refugio del hogar. Y como todo tiene un principio y un final, aquel viaje estaba a punto de concluir. Era un atardecer como otro cualquiera, cuando las hojas de los árboles atracaron en Págasas, el puerto desde donde habían partido arropados por los vítores de la multitud.

Nadie salió a recibirlos. Jasón, desconcertado, ordenó a sus hombres que ocultasen la nave *Argo* y se dirigió hacia la casa de un barquero que vivía cerca. Al principio, el barquero no lo reconoció, pues en la región estaban seguros de que los argonautas habían muerto en el intento de conseguir el vellocino de oro.

—No sabes cómo llora mi corazón porque he de ser yo quien te explique lo que ha sucedido durante tu ausencia. Desde hace mucho, únicamente nos llegaban rumores sobre el fracaso de la misión y la muerte de los argonautas. El rey Pelias esperó un tiempo prudencial y después hizo llamar

a tus desafortunados padres y al hermano que nunca conocerás porque nació después de tu partida y murió antes de tu llegada.

Pelias estaba decidido a acabar con todo el linaje de Esón. Y cuando Esón supo que iba a morir, pidió un último favor a su despiadado hermanastro: él mismo quería elegir su final. Y así fue: bebió sangre de toro y murió. Pelias entonces dirigió su mirada a la madre y el hijo que se abrazaban al final de la estancia. Tomó al niño y lo mató, con la máxima crueldad, ante los ojos enloquecidos de la madre, que maldijo al sanguinario rey y se quitó la vida clavándose una daga en el corazón.

Jasón vertió amargas lágrimas por su familia. Lleno de odio y de ansias de venganza, convocó a los argonautas para que lo ayudasen a hacer efectiva la maldición. Sin embargo, los argonautas no se decidían. ¡Eran muy pocos contra una ciudad tan poderosa!

Entonces Medea, que, aunque nadie lo sospechara, era el instrumento letal que Hera había elegido hacía muchos años para ejecutar el destino de Pelias, se levantó en medio de la reunión y dijo:

—¡Esperad, argonautas, antes de volver a vuestros hogares para reclutar grandes ejércitos con los que abatir a Pelias! Yo sola os rendiré la ciudad de Yolco. Cuando veáis que una antorcha se agita en el tejado de palacio, sabréis que Pelias ha muerto, que las puertas están abiertas y que podéis tomar la ciudad.

#### LA CRUEL MUERTE DE PELIAS

Gracias a sus habilidades como hechicera, Medea se transformó en una anciana. Acompañada de doce de sus esclavas se dirigió, en plena noche, a la puerta de la ciudad y llamó a los centinelas:

—¡Abrid las puertas al séquito de la diosa Ártemis\*!

Los sorprendidos centinelas no se atrevieron a desobedecerla y las mujeres entraron formando una procesión a la que se iba sumando la gente del pueblo. Como si practicaran algún ritual diabólico, fingían convulsiones y se retorcían como en éxtasis.

La extraña comitiva llegó a las puertas del palacio. El rey Pelias se despertó sobresaltado por aquel ruido terrorífico:

—¿Qué quiere de mí la diosa Ártemis? —preguntó temblando de miedo.

Una vez ante él, Medea se transformó de nuevo en la mujer bellísima y poderosa que era.

—Amado rey Pelias, la diosa Ártemis quiere agradecer la atención que has prestado a sus templos y devolverte el don de la juventud ahora que tus miembros ya comienzan a ceder a la edad.

Y para rematar el efecto que producía en el miserable anciano, pidió a Pelias que le trajese el carnero más viejo de todos los que poseía en sus establos. Era un pobre animal, con los ojos llenos de legañas, que apenas se mantenía en pie. Fue descuartizado en trece porciones lanzadas al interior de un enorme caldero donde hirvieron un buen rato.

Medea bailaba y recitaba sus hechizos alrededor del caldero. Mientras la observaba, Pelias sentía crecer en su pecho la lascivia. Medea, dándose cuenta del efecto que causaba en el viejo, se acercó a él, permitiéndose romper todas las distancias de cortesía, y de repente, tras un violento movimiento, volcó el caldero y, en vez de guisado de carnero, de su interior saltó un corderito joven y juguetón.

Entonces Pelias, completamente engañado, consintió en tumbarse en la cama y Medea lo durmió con su magia. Sin embargo, ¡la venganza de Hera debía ser terrible, repulsiva, debía quedar inscrita en los anales de la mitología como una muestra de la crueldad más despiadada!

Medea llamó a las hijas de Pelias y les ordenó que procedieran igual que ella había hecho con el carnero. Con palabras que parecían más escupidas que pronunciadas, las obligó a completar el sacrilegio. Y cuando Pelias ya estaba bien muerto y descuartizado, las envió al tejado del palacio, con antorchas encendidas, para que invocasen a la luna mientras los pedazos hervían dentro del caldero.

Los argonautas ocultos supieron entonces que la promesa de Medea se había cumplido y tomaron la ciudad sin dar oportunidad a sus habitantes a ofrecer resistencia.

Jasón podía haberse convertido en rey de Yolco, pero él ambicionaba un trono más rico, el de Corinto, que podía conseguir gracias a su matrimonio con Medea.

Antes de viajar a Corinto, Jasón visitó Orcómenos, que era el lugar donde había nacido Frixo, el niño que huyó sobre el carnero dorado para que su alma descansara por fin en paz. Allí colgó el vellocino de oro, en el templo de Zeus.

En el puerto de Corinto, su nuevo hogar, encajó para siempre la nave *Argo*.

#### JASÓN ROMPE SU JURAMENTO

Corinto era el país de origen de Eetes, el padre de Medea, y sus habitantes aceptaron gustosos a Jasón y Medea como reyes. Casualmente, el rey de Corinto acababa de morir en circunstancias misteriosas. Los diez años que reinaron juntos fueron los más tranquilos de la vida de los dos esposos. Tuvieron siete hijos y siete hijas.

Durante todo aquel tiempo, Medea conservó en su pecho la pasión inagotable hacia el hombre que había llevado a los argonautas hasta Cólquide, pero Jasón, no.

El día que Medea descubrió que su marido tenía nuevos planes en los que ella no estaba incluida, por un momento perdió el mundo de

vista. Pero solo por un momento. Su respiración se aceleró y sintió un sudor frío que le bajaba por la espalda. Después ya no notó nada más.

Cuando abrió las puertas de las estancias de Jasón, su belleza oscura y misteriosa brillaba con más fuerza y le daba el aire de una diosa. Al verla, Jasón sintió de nuevo la intensa atracción que Medea despertaba en él y que lo arrastraba siempre hacia donde ella quería tenerlo. Sin embargo, se mantuvo firme. Medea dijo:

—Han pasado diez años desde que llegamos a Corinto, la tierra que vio nacer a mi padre Eetes.

—Sí, Medea.

—Yo conseguí para ti este trono tan rico y preciado.

—Dicen que su legítimo ocupante murió envenenado de forma misteriosa poco antes de tu llegada.

Medea lo miró con una sonrisa irónica.

—Has tardado diez años en preocuparte por ese tema.

—No me gustaría pensar que tú tuviste algo que ver en un asunto tan vil.

Los ojos de la reina ardían de ira.

—¡Posees este trono y este cetro gracias a mí, la descendiente de la estirpe de Eetes!

—Sí, pero con el tiempo los ciudadanos de Corinto han aprendido a sentir más respeto por mí que por ti.

—¡Te he dado siete hijos y siete hijas que harán grande tu nombre! Pero a ti no te parece suficiente.

—No.

Medea se movió rápida y sinuosa como una serpiente y, de pronto, estaba peligrosamente cerca del hombre. Jasón sintió que algo afilado le pinchaba el cuello y se estremeció. Pero no era una daga, sino una de las largas uñas de Medea. Sus rostros estaban a pocos centímetros el uno del otro, sus alientos se encontraron. Jasón se sentía mareado por el intenso perfume que emanaba de la reina. Sin tocarlo, la hechicera lo mantenía inmóvil.

—Me han dicho que quieres repudiarme para casarte con la hija del rey de Tebas.

—Siento que no lo hayas sabido por mí, Medea.

—¿Es que hubieras tenido el valor de decírmelo? Esta unión te dará mucho más poder y riqueza. ¿Es eso lo que realmente quieres, Jasón?

Jasón intentaba deshacerse de aquel abrazo invisible, de aquella proximidad que lo mantenía prisionero. Medea retiró la mirada y dejó que se apartase de ella.

—¿Te sientes atrapado, Jasón? ¿Tienes miedo de mí? ¡Iluso! Es a los dioses a quienes debes temer si rompes el juramento de fidelidad eterna que hiciste. Recuerda que los tomaste a ellos por testigos.

—Aquel juramento no tenía validez porque fue obtenido a la fuerza.

—¿Acaso te forcé, Jasón? En aquellos momentos hubieras regalado tu alma por el vellocino de oro.

Y Medea se echó a reír, y tan grande era la amenaza que se desprendía de su mirada que Jasón casi huyó de aquella estancia. Antes, sin embargo, balbució:

—Ahora ya lo sabes, Medea. Mi decisión ha sido tomada.

### LA VENGANZA DE MEDEA

La noticia de que Medea había aceptado la nueva situación corrió como la pólvora por el palacio. Más de uno respiró aliviado.

Por increíble que parezca, nadie sospechó nada cuando la esposa repudiada envió a la joven novia un regalo de bodas. Era una larga túnica exquisitamente tejida, acompañada de una espléndida corona de oro.

La hija del rey de Tebas quedó admirada de la belleza de aquellos dos objetos, e incauta e imprudente, se los puso de inmediato.

Todavía no había ceñido su sedosa melena con la corona cuando la túnica se incendió con unas llamas que no se podían apagar. Su padre, que hasta aquel momento la observaba complacido, se lanzó sobre la princesa para ayudarla, pero ella, que ya era prácticamente un cadáver, le abrazó y se lo llevó también al mundo de los muertos.

Mientras, Medea culminaba su venganza. Ella misma mató a algunos de sus hijos y el resto murieron cuando incendió el palacio de Jasón.

Antes de marcharse para siempre, Medea miró por última vez cómo todo lo que había construido durante diez años desaparecía en un instante. Entonces subió al carro de caballos alados que le había regalado su abuelo, el dios Sol, y desapareció.

#### LA MUERTE DE JASÓN

Respecto a la vida de Jasón, algunos afirman que los dioses no perdonaron que rompiera su juramento de fidelidad a Medea. Además, su ambición desmesurada había hecho que dejaran de amarlo.

Así que lo condenaron a llevar una vida errante y miserable. Al cabo de mucho tiempo, cuando ya era un viejo acabado, regresó a Corinto y se acercó a la nave *Argo*, que él mismo había embarrancado allí. Sentado a su sombra recordó sus días pasados de gloria. Una gran tristeza lo invadió y ya no deseó seguir viviendo. Tan grande era su dolor que intentó ahorcarse en la proa. Pero el *Argo*, el navío que hablaba, no quiso que el señor de los argonautas tuviera una muerte tan poco honrosa

y, con un gran estruendo, se volcó hacia adelante y lo mató.

El dios Poseidón puso entre las estrellas la imagen de la popa de aquella nave excepcional y formó una constelación\*, ya que era la única parte que no había participado en el homicidio.